

tro en las carnes. Los cilicios de que usaba eran de agudos rалlos ó de cerdas ásperas, á veces de puntas de hierro penetrantes. Sus disciplinas de cuerdas y bordones de harpa que freía en pez, y cera derretida para que más le maltratasen. Y así habiendo sido tan continuas y terribles sus penitencias, y los instrumentos de ellas, no será extrañeza oír que tenía como arado su cuerpo, y surcadas sus carnes. Fué de forma que en la enfermedad última de que murió, siendo medicamento necesario echarle en las espaldas unas ventosas, aunque se hizo diligencia, no se pudo ejecutar esta cura por hallarlas todas ellas llenas de unos costurones en que no podía prender la ventosa, quedando el oficial y demás que allí asistían admirados, edificados y enternecidos del caso.

El que fué tan aventajado en la virtud de la mortificación y penitencia, no lo fué menos en la virtud de la religiosa obediencia, tan encomendada de nuestro Padre San Ignacio. Era puntual y exacta la que siempre tuvo á sus superiores el Hermano Juan Esteban, mirábalos á todos como á quienes estaban en lugar de Dios, su más simple insinuación le era como mandato expreso. Jamás repugnó, ni propuso á lo que se le ordenaba, por humilde ó dificultoso que fuese. Y si alguna vez los superiores atendiendo á su edad, religión y trabajos, le daban á escoger la ocupación ó puesto donde había de estar, á nada se determinaba ó resolvía por sí mismo, poniéndose en sus manos para todo lo que ordenasen de su persona. Y esto ejecutó en ocasión que estaba en el Colegio de Oaxaca ejercitando su oficio de maestro de escuela, la cual había aderezado y compuesto muy á su propósito decente, curiosa y devota, y los niños muy industriados y reducidos al estilo y costumbres santas en que los criaba; y siendo muy estimada su persona en la ciudad. Ofreciéndose, pues, en este tiempo el dar asiento á otra escuela semejante en el Colegio de Mérida en Campeche, temple mucho más riguroso de calores, más trabajoso y que era menester para ir el pasar la mar, y el tiempo en que se había de hacer el viaje expuesto á peligros de nortes en la navegación; teniendo pues presentes todas estas incomodidades y trabajos el Hermano Juan Esteban, y proponiéndole el Padre Provincial (sin obligarle á ello) que fuese á disponer la escuela del Colegio de Campeche, atropelló con todas las dificultades que se le ofrecían y él bastantemente conocía, y aceptó la mudanza sólo por clamar de su perfecta obediencia y deseo de padecer por ella. Y cumplióle Dios en esta ocasión su deseo, porque navegando del Puerto de la Veracruz á Campeche, por dos veces se vió á peligro de naufragar; la una á las once de la noche víspera de Santa Teresa, de manera que entraba el árbol mayor debajo del agua, pero fué Nuestro Señor servido de librarle de éste y otros peligros, así de tierra como de mar. Los cuales no acobardaron á este siervo de Dios á que dejase de quedar muy contento de haber obedecido. Y apretándole algunos por probarle si volvería á navegar, si volvería á esta ó aquella ocupación y puesto? confesaba con ingenuidad y llaneza, que no apetecía ya más de lo que por medio de la obediencia le ordenase Nuestro Señor. De aquí le venía la igualdad de su ánimo en las adversidades, la constancia en sus trabajos, el sufrimiento, paz y serenidad de conciencia en todos sucesos; sin que alguno, aunque fuese contrario, turbase la quietud de su alma.

§ IV.

De su oración, trato con Dios, devociones con la Virgen Santísima y otros Santos, y un caso singular que le sucedió.

Así sujetaba su cuerpo y pasiones tan fuertemente, y esto entre otros fines lo hacía por darse todo á Dios, y á su comunicación y trato que le era tan familiar y ordinario, que fuera del tiempo preciso que asistía á su escuela por su amor, lo restante del día pasaba en ejercicios espirituales de oración mental, vocal y lección espiritual. Y como si esto fuera poco tiempo, se levantaba de ordinario á las tres de la mañana, acostándose después de las once de la noche. Los domingos y días de fiesta oía de rodillas todas las misas que se decían en nuestra Iglesia desde el coro, del cual no salía hasta que se acababan, y volvía á él á rezar sus devociones una hora, y á veces más antes de comer: estación era ésta que repetía á las dos ó las tres de la tarde, y después á las cinco, hasta que se tocaba á letanía ó á enseñar. En los días de entre semana, ya que no podía oír tantas misas, ni asistir tanto tiempo al coro por haber de acudir á su escuela, oía dos misas y á veces tres, y sobre tarde luego que salía de su ocupación, la hora que había de descansar de ejercicio y tarea tan pesada, la gastaba desde el coro con Dios Nuestro Señor. Era devotísimo, y con singularidad de la Santísima Pasión de Cristo Nuestro Redentor, á cuya memoria ayudaba los viernes, y ese día rezaba su oficio que acompañaba con algunas penitencias y mortificaciones. También fué notable aficionado al Santísimo Sacramento del Altar, que recibía con indecible consuelo de su alma dos veces en la semana, y algunas veces añadía otra si había día festivo. Preparábase para comulgar con extraño cuidado, y al recibir al Señor se bañaba de muchas lágrimas encendiéndosele el rostro como unas ascuas. Después de haber comulgado, por largo espacio rendía de rodillas gracias al Señor por aquel beneficio, en cuya recompensa aquel día andaba más recogido en su interior, más fervoroso, penitente y mortificado, y rezaba el Oficio de aquel Soberano Sacramento. Casi lo más del tiempo hasta que se volvía á encerrar, le asistía arrodillado en su presencia.

A la devoción que tuvo á Cristo Nuestro Señor, juntó la de su Madre Santísima; regalábase con esta Señora como hijo querido con su madre, enterneciase á su vista, rezábalé todos los días su Oficio, su rosario y letanías con otras muchas oraciones devotas. Entre día la saludaba á menudo con fervorosas y tiernas jaculatorias. En sus trabajos y aflicciones recurría á ella por consuelo y remedio cierto, y seguro de alcanzarle. Y no era vana su esperanza, pues el efecto mostraba cuán bien oídas eran sus peticiones á medida de sus deseos. Una vez le molestó una recia y porfiada tentación de la carne; trabajaba nuestro hermano en resistir al enemigo y echar de sí la fea imaginación; pero en la resistencia hallaba que más se avivaba el pensamiento deshonesto, proponíaselo con mayor esfuerzo el enemigo, que rebelde y contumaz persistía en el combate, de manera que afligió sobremanera al casto hermano, y cuando más apurado se vió con la sugestión diabólica, corrió el velo á una imagen de Nuestra Señora que allí tenía,

y fijar en ella sus ojos, y hallarse libre de la molestia importuna que padecía, todo fué uno. Y por esto, y por el buen despacho que en sus causas experimentaba en esta Señora, cuanto pedía á Dios, era mediante su intercesión y ruego. Cuarenta días antecedentes al que la Emperatriz del cielo fué á gozar de la gloria, que se debía á sus casi inmensos méritos, los ayunaba. Demás de este ayuno le hacía á honra de la Santísima Señora todos los sábados del año, aunque fuesen festivos, y las vísperas de su celebridad salía con disciplina pública al refectorio, y para más encenderse en la devoción y amor de la Virgen leía continuamente los libritos de oro que para tanto consuelo, utilidad y devoción de los fieles compusieron el Padre Diego de Villegas y el Padre Eusebio Nieremberg de nuestra Compañía; demás de la devoción tan grande que tuvo con Cristo Nuestro Señor y su Santísima Madre, fué muy especial y afectuosa la que tenía á nuestros santos Padres Ignacio y Francisco Javier, y al venerable Hermano Alonso Rodríguez, cuyas virtudes heroicas y penitencias raras imitó cuanto le fué posible, y en cuya intercesión fiaba tanto, que se le oía decir que jamás pidió cosa por intercesión de este santo hermano que no se le concediese. También tuvo muy cordial afecto á los santos niños mártires Pelayo, Justo y Pastor, para que le ayudasen en el ministerio que tenía á su cargo de los niños de escuela, pues de ella salieron ellos á ofrecerse al martirio. También tenía particular devoción á las gloriosas vírgenes Inés, Catarina y Prisca, en cuyos días, demás de la comunión, se ejercitaba con mayor fervor en actos muchos de singulares virtudes. Compadecíase grandemente de las penas que padecían las ánimas del Purgatorio, á quienes compasivo y caritativo ayudaba con las obras de virtud y penitencia que hacía entre día, añadiendo algunas particulares demás de las indulgencias que ganaba y les aplicaba. A sus devociones y oración podemos reducir el sentimiento vivísimo y dolor que sentía por las ofensas y pecados que se cometían contra la divina Majestad, y ya que su remedio no estaba en su mano, los lloraba amargamente y pedía al Señor lo pusiese de su mano. Y este celo santo en su modo se extendía á sus Hermanos los de la Compañía, deseando entrañablemente se ajustasen á la perfección grande de su santo y apostólico instituto. De donde le nacía al Hermano Juan Esteban, que si notaba alguno menos fervoroso y exacto en la observancia religiosa, se le llegaba, y con su cordura y discreción humilde procuraba, con buenos consejos y santos alentarle á la perfección, tomando muy de veras á su cargo el encomendarle á Dios para su mayor aprovechamiento, y por ser de edificación y buena doctrina el caso que una vez le sucedió en esta materia, lo escribiremos aquí.

En uno de los Colegios en que el Hermano vivió, estaba otro religioso de los nuestros, que al parecer procedía tibiamente distraído y menos observante en la virtud religiosa; y con su buen celo el Hermano Juan Esteban le daba consejos saludables, los cuales, viendo que no le aprovechaban tanto como él quisiera, y que aquel sujeto proseguía en dar muestras de descaecimiento y hastío en la virtud, el Hermano Juan se afligía sobremanera, y viendo que con sus consejos no podía remediarlo, determinó recabar de Dios Nuestro Señor con su oración, lo que no había conseguido con sus exhortaciones; y estando una noche en celosa y caritativa súplica de rodillas, haciendo su oración á Dios, se quedó dormido. Estando pues así, le parecía que despierto veía y le

mostraban una hermosa arca de finísimo y olorosísimo cedro, y que abriéndola la hallaba llena de variedad y multitud de trapillos asquerosos á la vista, y de ningún valor ni estima. Y pesaroso de que una pieza tan hermosa y bien labrada, encerrase y tuviese dentro de sí trapillos tan viles é inmundos, llevado por una parte de melancolía y tristeza, y por otra de alguna curiosidad, se puso muy despacio á mirar y registrar uno por uno aquellos trapillos y harapos, con que vino á topar en el rincón del arca un liencecito tosco, viejo y menos limpio; desenvolviéndole algunos dobleces que tenía; halló en él un rico, fino y resplandeciente diamante cuya preciosidad, brillos y fondo le admiraron, y mucho más el lienzo inmundo y pobre que lo guardaba. Mirábalo atentísimo una y muchas veces y cada una de ellas con mucho y mayor asombro, hasta que se le dijo y dió á entender que en aquella arca que tenía presente, se representaba aquel su religioso Hermano, que por su estado y religión era cedro precioso y fragante, y que sus distracciones exteriores que á él tanto le penaban y afligían, se figuraban en aquellos trapillos que eran niñerías, y por el diamante escondido de tanta estima, se significaba la gracia del interior y alma de aquel Religioso, presea de grande valor y aventajado precio. Despertó con esto el Hermano Juan Esteban consoladísimo del dichoso estado de aquel su Hermano, cuyas faltas y distraimiento le habían traído tan afligido, quedando juntamente corrido por el errado juicio que había formado, censurando á aquel sujeto por aquellos defectos exteriores que en él había visto y notado. Y quedó de allí en adelante tan corregido en razón de no juzgar de faltas ajenas, que cuando las veía las excusaba diciendo: «qué sabemos lo que hay allá dentro,» acudiendo al caso que le había pasado. Y aborrecía tanto el vicio de juzgar de faltas ajenas, que si acontecía hablarse de alguno en su presencia con menos estima, no sufría la conversación, y la divertía, ó reprendía, ó con su silencio mostraba el disgusto que sentía con semejantes pláticas, y las suyas eran de alabanzas de las virtudes de sus prójimos. Y por excusar el hablar de vidas ajenas, cuando acompañaba á las confesiones, y para el tiempo que el confesor estaba en su ministerio, él llevaba consigo algún librito de devoción, en que se entretenía, ó en rezar su Rosario, por excusar conversaciones inútiles.

§ V.

*Humildad profunda del Hermano Juan Esteban,
deseos de ir á gozar de Dios y su gloria, y su dichosa muerte.*

La profunda humildad de este siervo de Dios, juntamente con sus deseos de ir á participar los gozos de la bienaventuranza, comenzaron y tuvieron su origen muy á los principios de su vida religiosa, con ocasión de una leyenda que oyó en nuestro refectorio de los sumos deleites que allá se gozan. Fué el caso: había entrado en la Compañía el Hermano Juan Esteban, siendo mancebo; había nacido y criádose en Huehuetoca y Tepotzotlán, lugares donde se habla la lengua otomí, la más revesada y difícil de las que hay en el Reino, y que son pocos los que la saben para poder ser Ministros de esta nación que es po-

pulosa; era el Hermano eminente en ella. Vinóle tentación de que aunque había entrado en la Compañía para Coadjutor temporal, pero á título de la lengua que sabía, le darían estudios y podía pretender el grado de Sacerdote y ser ministro de indios otómies; y avivábale la tentación el ser mozo de vivo y despierto ingenio, y saber con tanta elegancia aquella lengua. Declaró su tentación ó pretensión á los Superiores que le desengañaron con la Regla de la Compañía, de que ninguno pretenda en ella pasar de un grado á otro, sino que sirva á la Divina Majestad en aquel á que fué llamado y recibido en ella. En esta ocasión, aunque usaron de varios medios los Superiores para quitarle de aquella tentación, ya de blandura, ya de rigor, no fué posible, con que se hallaron obligados á despedirle; y para ejecutarlo, lo trajeron al Colegio de México, á tiempo que por su buena dicha se leía en nuestro refectorio lección de la festividad de Todos los Santos, escrita por el P. Pedro de Rivadeneira; y sabiendo que lo habían traído para despedirlo otro día, en oyendo la gloria inmensa de que gozan los Santos y esperan los que siguen la virtud con perseverancia, á la luz que Dios Nuestro Señor aquí le comunicó, abrió los ojos; el Hermano Juan conoció su engaño en faltar á la vocación que Su Majestad le había llamado, y discurriendo entre sí, se decía: «Dí, miserable y ciego, ¿á qué veniste á la Religión? ¿No te trajo á ella el deseo de salvarte? El estado de Coadjutor temporal que en la Compañía tienes, por ser más humilde, ¿no te asegura esta suerte dichosa? ¿Pues qué necedad y locura es la tuya que te dejes llevar de un pensamiento altivo, y que por serlo no se te conceda? ¿Y por no alcanzarlo quieres faltar á tu vocación primera y negarte á Dios? ¿Hallaste seguro en el puerto de la Religión y porfías volverte al mar borrascoso del siglo, donde no sabes lo que te sucederá? ¿Si en él naufragas y pereces, de qué te servirán las Ordenes y Sacerdocio que pretendes y te traen tan inquieto y turbado? ¿Servirte han de mayor condenación y de que no goces por eternidades de las felicidades de la bienaventuranza y vista clara de Dios, que oíste en la leyenda de esta noche pasada? ¿Cómo quieres poner á riesgo bienes tan celestiales por una presunción y soberbia mal fundada? No ha de ser así, sino que he de perseverar en mi estado y vocación primera á que el Señor misericordiosamente me llamó á su Compañía, y en ella vivir y morir, pues por ella me prometo el gozo de gloria que poseen los bienaventurados.» Con este pensamiento, corrido y humillado, y deshecho en lágrimas, se fué al Padre Provincial á quien declaró la nueva resolución con que venía, arrepentido ya y pesaroso de su disparatada pretensión, de que humildemente pedía perdón. El Padre Provincial benignamente le abrazó y otorgó el quedarse en la Compañía para tanto servicio y gloria de Dios y bien de tantas almas, á quienes ayudó por todo el tiempo de su vida este siervo de Dios. Y jamás pudo apartar de su memoria ni olvidar la lección de la bienaventuranza que aquella noche había oído, y de que le había resultado tan singular beneficio del Señor, y logrósele tan bien aquella lección al Hermano, que siempre vivió ansioso de gozar de la bienaventurada vista de Dios y de su gloria, porque ordinariamente la traía presente. Y por la misma razón, siempre que se repetía aquella leyenda en nuestro refectorio de la festividad de Todos los Santos, se bañaba y llenaba su alma de particulares consuelos y júbilos celestiales; y á esta pretensión todos los años guardaba una

como Cuaresma de cuarenta días que ayunaba, antecedentes al que la Emperatriz de Cielos y Tierra, Virgen Nuestra Señora, fué á gozar de la gloria suma que se debía á sus soberanos merecimientos. Y aun á este fin le quedó un deseo de su muerte por ir á ver á Dios con tantas ansias, que moría porque vivía, y no se veía donde conversaba con su espíritu. Del caso que hemos referido quedó también muy aprovechado en la virtud de una profundísima humildad, que siempre conservó y ejerció el Hermano Juan Esteban. Teníase por peor que todos, y porque en ese concepto le tuviesen los demás, les solía referir y contar sus travesuras cuando era niño de poca edad, los disgustos que dió á sus padres, la fuga que hizo de su casa, la pobreza en que se crió, siéndole forzoso el servir para comer, y las muchas lágrimas que costó á su madre y hermanas para llegar á ser Religioso. Del afecto y aprecio de esta virtud procedía en el Hermano hacer por su persona los oficios y ocupaciones de las oficinas que le encargaban, por humildes y trabajosos que fuesen. Ejercicio que le premió Dios, en ocasión que eran á su cuidado todas las ocupaciones del Colegio de Mérida, á causa de haberse muerto dos Hermanos Coadjutores que en él había, con la peste general que tanto afligió á aquella ciudad; porque herido del común contagio, dió felicísimo curso á su loable y ejemplar vida, siéndole aquellos sus postreros días de tan insoportable y sumo trabajo, en tanto apenas se podía explicar; porque como el Hermano era tan puntual, tan obediente, tan humilde, tan fervoroso, tan compasivo y caritativo, y los de casa todos, así los nuestros Religiosos como los sirvientes, unos eran muertos, otros caídos y enfermos; á todo acudía el siervo de Dios por su persona, sin dejar por eso sus ejercicios espirituales ordinarios, sus penitencias y mortificaciones cotidianas, y los cortos ratos que le quedaban para descansar algún tanto, los pasaba en los aposentos de los enfermos, asistiéndoles todo lo posible. De forma le quebrantaron estos ejercicios y trabajos, que no pudiendo más le derribaron y dieron con él en la cama. Reconocióse luego en la malicia de la fiebre, estar herido de la peste que entonces corría en la ciudad, tan furiosa y cruel, que de las tres partes se arrebató las dos de sus vecinos, y de ocho que eran nuestros Religiosos murieron los seis, no perdonando el contagio aun á los dos que quedaron con vida, pues también los derribó y el uno de ellos llegó muy al cabo.

Ansioso, como dijimos, había vivido por morir el Hermano Juan Esteban, y por sus propios ojos había visto el estrago y destrozo que había hecho el accidente que á él le aquejaba, y con todo, ni temió la muerte ni ignoró su peligro y riesgo, y así, por primera diligencia llamó á un Padre que había citado para aquel trance, con quien se confesó generalmente con extraña ternura, y rogó encarecidamente que entonces que estaba en sí y en sus sentidos, se le administrase el Viático. Repugnó el Padre, pareciéndole que el mal no sería de consideración por habersele minorado mucho la fiebre, y que su dolencia más venía á ser cansancio y molimento, recrecido de lo que había trabajado en aquellos días en edad tan crecida como era la suya, que no la peste que corría; juicio que se confirmaba por no estar el Hermano con el desasosiego, ansias, congojas vehementes y continuas que los demás de aquel accidente padecían. Con todo, no se quietó con estas razones el Hermano, sino que instó de nuevo con mayor eficacia en su petición, alegando que algunos, á su vista, en breves horas, sanos

y en pie y en la flor de su edad, habían muerto en aquella ocasión; con que condescendiendo con su ruego, se le administró el Santísimo Sacramento al primer día de su dolencia, y á los cinco declaró el médico (que con todo cuidado y cariño le curaba) que ya había salido de peligro y estaba fuera de riesgo. Nueva fué ésta que le contristó, de suerte, que sin reparar en los que estaban presentes y le asistían, volvió el rostro á la pared con el pesar que lo hiciera otro que hubieran desahuciado de la vida, y en voz alta y con extraño sentimiento, acompañado de muchas lágrimas y puestos los ojos en una imagen del hermosísimo Rostro del Salvador, que había traído del aposento de uno de los difuntos que habían muerto aquellos días, exclamó diciendo: «¿Qué es esto, Amor mío, que tantos mueran y yo no? ¿Que tantos vayan á gozaros en vuestra bienaventuranza y yo me quede en esta miserable vida? No es esto lo concertado, Jesús mío, ni esto es lo que os he pedido y suplicado; ni ha de ser así, Señor; yo tengo de morir de ésta é irme de una vez á gozaros en vuestra gloria;» á que añadió otras razones y coloquios tan afectuosos y regalados al mismo fin, que enternecía notablemente á los presentes, sin poder reprimir las lágrimas oyendo semejantes palabras y razones.

Y que las oyese su divina Majestad, infiérese de que desde aquella hora se hubo el Hermano, como quien sabía de cierto, que había de morir de aquella enfermedad; y así, continuamente se encomendaba al Señor, y á la Virgen Santísima y santos sus devotos, sin divertirse á otra cosa alguna; y hablaba sólo preguntado y lo preciso, y no más, aunque contra el juicio de los que le acudían (que á todos parecía que estaba con mejoría conocida); después de dos días, que fué el sétimo de su enfermedad y 1º de Septiembre, á las seis de la mañana, después de recibida la Extremaunción con la paz que había vivido, se lo llevó para sí Dios Nuestro Señor, año de 1648; y no pocos juzgaron que más murió á la fuerza y vehemencia del deseo ardiente que tenía de verse con Dios, que por la gravedad y malicia del achaque y enfermedad. Luego que en la ciudad se supo su muerte, fué muy sentida y llorada de todos los de ella, y los más que pudieron asistieron á su entierro, y entre ellos los dos Gobernadores del Obispado y uno de los de la ciudad y jurisdicción, el cual, con otras personas principales y devotas, pidieron con instancia alguna de las pobres alhajas de que usaba para tenerla por reliquia. Porque realmente le estimaban como á santo, y como á tal le veneraban y daban ese nombre; concepto que mostraban tener, encomendándose en sus oraciones aun cuando vivía. Y por esta misma causa, personas piadosas y entre ellas algunas nobles, cuando supieron su enfermedad, valiéndose de la ocasión de la falta de los nuestros y mozos de casa que habían muerto, le vinieron á asistir y servir en los ministerios forzosos, con la puntualidad, afecto, gusto y caridad que lo hiciera uno de la Compañía. Murió este siervo de Dios el año de 1648, siendo de edad de 66 años. Recogió su vida un muy religioso Padre que vivió algunos años en su compañía y fué testigo de sus excelentes virtudes, y le asistió al tiempo de su dichosa muerte el P. Baltasar Moreno, discípulo suyo en la escuela.

CAPITULO XXII.

FUNDACIÓN DEL COLEGIO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS
EN EL REAL DE MINAS DE SAN LUIS POTOSÍ EN LA NUEVA ESPAÑA;
QUIÉN FUÉ SU FUNDADOR
Y PRIMER RECTOR DE ESTE COLEGIO. AÑO 1622.

Este lugar y Real de minas de plata ha sido y es de los más célebres que los españoles han poblado en la Nueva España, y aunque estas minas y su población no fueron de las primeras que se descubrieron y fundaron en este Reino, porque el descubrimiento de estos tesoros que Dios cría en las entrañas de la tierra, no se topa con ellos hasta que lo dispone su divina voluntad y providencia; pero cuando se hallaron los ricos metales de las minas de San Luis, fué tal el bramido y fama de su ley y riqueza, que concurrieron de muchas partes, así mineros como mercaderes, á vender su ropa para avío de las haciendas y gasto de la mucha gente que trabajan en ellas; con que se vino á poblar uno de los mayores lugares de españoles de la Nueva España. Las vetas de las minas se descubrieron en un cerro alto, seco y pelado donde la gente ni tenía agua ni otra alguna comodidad para la vida humana, y así, les fué forzoso bajarse á poblar á un hermoso y espacioso llano que está á vista del cerro, donde brotan varios manantiales de fuentes, y se halló comodidad para plantar árboles y huertas, de donde se les lleva el agua y bastimento á los que trabajan en el cerro, que por tener alguna semejanza con el famoso Potosí del Perú, se le puso este nombre. Su plata es la más preciada que se saca en las Indias por estar mezclada con oro que de ella se aparta, y es lo que ha hecho más célebre esta población y Real, que dista de la ciudad de México cuarenta leguas.

Antes que en este lugar fundase la Compañía, habían ido en misión á él algunos Religiosos nuestros (aunque de paso), pero deseaban que hiciesen asiento y que fundasen casa y Colegio para que ejercitasen sus ministerios con tanto género de gente, como es la que demás de los españoles concurre á estas minas, de indios negros, mulatos y mestizos que en ellas trabajan. Dispuso Dios Nuestro Señor que llegara tiempo y ocasión para que se pusiese en ejecución obra que había de ser para bien de tantas almas y tan de su divino servicio. Porque habiendo muerto un caballero muy rico, señor de muchas minas de este Real, y sin tener heredero forzoso, entre otras obras pías que dejó ordenadas en su testamento y comunicadas con un Padre de los nuestros, con quien muchas veces se había confesado, una fué: que de sus bienes se diesen treinta mil pesos para que la Compañía fundase Colegio en este lugar de San Luis Potosí. Y habiendo sido este caballero tan insigne benefactor de nuestra Compañía, obligación nos corre de hacer aquí memoria de él, pues también la hace nuestra Religión en los continuos sacrificios y oraciones que por sus fundadores tiene establecidos, que aquí no especificamos por no repetir lo que en otra parte queda escrito. El fundador, pues, de nuestro Colegio de San Luis Po-